

## CAPÍTULO III

# La estructura léxica: ¿Se puede estructurar el léxico?

### 3.1. Nuestra idea del léxico: ¿caos u orden?

Tras considerar la naturaleza del significado léxico, la segunda cuestión básica es la que concierne a la posible estructuración del léxico según pautas regulares. A este asunto de la conveniencia o no de las estructuras léxicas es a lo que vamos a dedicarnos en el presente capítulo, prestando especial atención a la diferente concepción del vocabulario, considerado bien como un conjunto caótico, bien como una estructura, por abierta que ésta sea. Los problemas que suscita la enseñanza del vocabulario pueden brindarnos un excelente punto de partida para adentrarnos en nuestro asunto, ya que ésta ha supuesto tradicionalmente uno de los principales escollos en la enseñanza de cualquier lengua, pues el aprendizaje del léxico se ve casi siempre marginado a listas de palabras en los manuales, que en el mejor de los casos se agrupan de forma temática<sup>1</sup>.

Vamos a detenernos en dos de las tendencias más sobresalientes que en los últimos años se han desarrollado a la hora de emprender tanto la enseñanza como la investigación del léxico: el criterio estadístico y la relación de contenido.

### 3.2. Un criterio estadístico de organización del léxico: los índices de frecuencia

La elaboración de los índices de frecuencia pretende lograr un vocabulario básico, ya sea general o de autor, de una lengua dada, a partir del criterio de la mayor o menor aparición de los términos. Se trata, pues, de un criterio estadístico, y supone un singular intento de aplicar un método objetivo que justifique la selección del vocabulario. El interés científico por este tipo de estudios tuvo su auge en los años '40-'50, y hoy día es la vertiente didáctica la que centra la atención en ellos<sup>2</sup>. Diversos autores y equipos han desarrollado léxicos aplicando la tecnología informática, entre los que sobresale por su importancia el Laboratorio de Análisis Estadístico de las Lenguas Clásicas de la Universidad de Lieja. En España, se han llevado a cabo algunas obras de este tipo, sobre todo dentro del dominio de la lengua griega, como es el caso de Martínez Fresneda (1966) o Sanz Franco (1980a-b). Pero no cabe duda de que el estudio más popular entre nosotros ha sido el de Martín Sánchez Ruipérez (1972)<sup>3</sup>, inédito, aunque

---

<sup>1</sup> Así lo expresan López Moreda y Rodríguez Alonso (1989, 99): «Si echamos un vistazo a los libros de texto que circulan por nuestras aulas, apreciamos que en todos ellos se dan listas de palabras, las más de las veces sin mucha cohesión, o pequeños vocabularios al final del libro, sin más orden que el alfabético.»

<sup>2</sup> Un buen estado de la cuestión, tanto en griego como en otras lenguas, puede encontrarse en Lucas (1986).

<sup>3</sup> Véase la revisión razonada que hace Lucas (1986).

muy bien difundido<sup>4</sup>. No obstante el éxito de tales trabajos, el planteamiento inicial de conseguir un léxico «ideal» y básico presenta, en la práctica, algunos inconvenientes. En opinión de Lucas (1986, 216-217) dos son los problemas básicos:

- a) La dispersión. Los términos de una misma familia de palabras aparecen a menudo desperdigados, como podemos ver en la dispersión de la base léxica y sus respectivos compuestos, a lo que hay que sumar duplicaciones innecesarias, como es el caso del gr. *μικρός-σικρός*.
- b) La ausencia de términos significativos. Hay formas derivadas que aparecerán en la lista, pero no así la forma básica.

Ante estos hechos, Lucas (1986, 216) propone un modelo «mixto» que complemente el criterio de las frecuencias con el de los campos léxicos, aunque la base de su propuesta siga estando preferentemente en el primer criterio<sup>5</sup>.

En resumidas cuentas, los métodos más frecuentes para corregir el asistematismo del estudio del vocabulario son el de los índices de frecuencia, al que hemos aludido antes, y la clasificación onomasiológica de los términos, es decir, la agrupación por esferas conceptuales. Hay lingüistas como Eugenio Coseriu para quien ambos métodos resultan insuficientes a la hora de realizar un aprendizaje racional del vocabulario. En su opinión, la clasificación de las palabras según su frecuencia no dice nada con respecto al significado y la designación, y el procedimiento onomasiológico, en su opinión, sólo es idóneo para el léxico terminológico, por lo que propone un estudio del léxico estructurado (Coseriu 1986, 235-236). Esta propuesta conlleva, en buena medida, la ruptura con la lista de palabras, que hasta el momento se presentaba como el único medio posible de enseñanza del léxico.

### **3.3. La relación de contenido: ¿un salto cualitativo, o un salto en el vacío?**

#### **Las estructuras léxicas**

La idea de estructura léxica es uno de los argumentos teóricos más importantes con los que cuenta el estudioso de léxico, al menos todo aquel que trate de buscar en él unos criterios de ordenación. Los esfuerzos por encontrar las estructuras léxicas del latín son muchos y constantes. Tenemos que partir del hecho de que hablar de estructuras léxicas basadas en relaciones de contenido no es un hecho universalmente aceptado, pues responde a una visión del léxico concreta, y todavía queda un importante trabajo práctico y teórico por hacer<sup>6</sup>. Es aquí donde,

<sup>4</sup> Para las obras en latín, véase Martínez Fresneda (1966, 11-12) y Santiago Ángel (2001).

<sup>5</sup> «Y si esto es así, debemos concluir que el "vocabulario básico griego" tendrá que ser algo más que índice de frecuencias, lo que no va en contra de que este criterio siga ejerciendo un papel importante en el conjunto.» (Lucas 1986, 210).

<sup>6</sup> Autores como Ramón Trujillo, cuyos inicios están claramente en el estructuralismo, expresan de esta forma su escepticismo: «La determinación del significado gramatical ofrece garantías seguras porque se

precisamente, tenemos que dar un salto con respecto a la relación etimológica como la única posible, tratando de ver la sistematicidad de las propias relaciones de contenido. De esta forma, la tarea más importante del estudio funcional del léxico (lexemática) es el discernimiento y descripción de las estructuras sintagmáticas (eje de combinación) y paradigmáticas (eje de selección) del vocabulario en el plano del contenido (Coseriu 1986, 169; 1987, 229). De acuerdo con lo expuesto, establece las diversas estructuras sintagmáticas y paradigmáticas:

ESTRUCTURAS LEXEMÁTICAS		
Estructuras paradigmáticas		c) Estructuras sintagmáticas
a) Estructuras primarias	b) Estructuras secundarias	
Campo léxico	Modificación	Afinidad
Clase léxica	Desarrollo	Selección
	Composición	Implicación

Según este esquema, podemos remitir las estructuras léxicas a tres aspectos diferentes:

- La organización de los lexemas en torno a campos y clases léxicas.
- La formación de palabras.
- La aparición conjunta de términos merced a sus solidaridades léxicas.

Veamos cada aspecto con más detenimiento:

a) En cuanto a los campos y clases léxicas, se trata de estructuras paradigmáticas porque, en principio, se oponen dentro del eje de selección, es decir, son opositivas. Asimismo, son estructuras primarias, dado que «su definición no implica otras estructuras léxicas como ya dadas» (Coseriu 1987, 229) y los términos en oposición se implican recíprocamente. Estas estructuras nos introducen en el estudio de las significaciones comunes (campo léxico) con semas diferenciales, y en el de los clasemas (clase léxica). Un campo léxico sería, por ejemplo, el que reúne todos los lexemas que tienen que ver con la acción de comer, estableciendo después las diferencias particulares de cada término. Por su parte, una clase sería la que agrupa términos de distintos campos léxicos de acuerdo con un sema de carácter general, como pue-

---

corresponde siempre con significantes inconfundibles, es decir, con signos o con distribuciones precisas (...). Pero no sucede lo mismo con el análisis de contenidos semánticos comunes a un conjunto léxico no organizado a partir de rasgos exclusivamente gramaticales, salvo que la base de comparación NO SEA SEMÁNTICA, sino conceptual, es decir, fundada en una selección arbitraria de propiedades comunes, que se extraen de las situaciones reales con las que suele relacionarse un grupo de signos.

La cuestión de la unidad conceptual es siempre discutible: así, por ejemplo, yo he llamado "valoración intelectual" a la base conceptual utilizada para reunir en un conjunto una serie de adjetivos, fijando de esa manera los límites de un supuesto sistema léxico.» (Trujillo 1988, 92-93).

de ser la causatividad. De esta forma, un verbo como *alo* («alimentar») pertenecería al campo de los «verbos de comer» (*verba edendi*), merced a su relación conceptual con el resto de verbos referidos a la acción de alimentar (p. e., *vescor*, *edo* y *comedo*), y pertenecería, a su vez, a la clase general de los verbos causativos, donde lo encontraríamos en relación paradigmática con verbos tan diversos como *doceo* (enseñar) o *ludifico* (engañar). En los apartados 3.4.-3.6. profundizaremos en el concepto de clase léxica. Asimismo, trataremos ampliamente acerca del concepto de campo léxico y sus problemas teóricos en el capítulo 4.

b) En lo que respecta a las estructuras paradigmáticas secundarias, tenemos que adentrarnos en el asunto general de la formación de palabras, donde los vagos conceptos de palabra «simple» y «compuesta», así como de palabra «primitiva» y «derivada» de la gramática tradicional necesitan de una mayor precisión terminológica, de acuerdo con la lexemática o una clasificación semántica alternativa (Fruyt 1986). En este sentido, Coseriu observa que estas denominaciones tradicionales tan sólo atienden al plano de la expresión y no al del contenido, ante lo que propone una categoría diferente para los distintos tipos de formación de palabras, que son los que exponemos a continuación, contrastadas con las categorías expresadas por la gramática tradicional:

ESTRUCTURAS PARADIGMÁTICAS SECUNDARIAS	DENOMINACIONES TRADICIONALES
«Modificación»	«Compuesto»
«Desarrollo»	«Derivado-Compuesto»
«Composición»	«Compuesto»

A estas estructuras se las denomina «secundarias» por presentar una dirección única, de forma que, dada una estructura como *anima-animula*, el primer término está implicado en el segundo, pero no en sentido inverso (Coseriu 1986, 170). Analizamos brevemente cada una de ellas:

- La modificación, bien sea por prefijación (*tego-contego*), o sufijación (*habeo-habito*) no supone cambio de clase de palabras, de manera que cuando un verbo se modifica, por ejemplo, sigue perteneciendo a la clase verbal. En lo que al latín respecta, la modificación de los verbos mediante un preverbo es uno de los procedimientos expresivos más importantes<sup>7</sup>.
- El desarrollo sí conlleva una determinación gramatical que produce una función oracional distinta (*tunica* sust.-*tunicare* verb.), y esto es precisamente lo que lo caracteriza y distingue de la modificación.

<sup>7</sup> El proceso de la modificación puede dar lugar a nuevos verbos que sean, a su vez, lexemas base de nuevos campos léxicos. Los modificados de *dare* son, a este respecto, un ejemplo muy representativo. Para este asunto véase Martín Rodríguez 2000, quien hace una oportuna reflexión sobre la necesidad de confirmar estos criterios mediante una investigación del material léxico concreto.

- La composición, por último, supone, concretamente, un procedimiento donde intervienen dos elementos básicos, uno de los cuales o los dos funcionan aparte como lexema (*naufragium*: *nau* + *fragium*). Esta es la composición propiamente dicha, aunque la gramática tradicional extienda tal denominación también a la modificación.

Como hemos apuntado al hablar de la modificación, en latín los preverbios son un mecanismo de expresión vivo que, aunque algo complejo, debería enseñarse con mayor atención. Verbos como *in-tego* y *con-tego* tienen una base léxica común, y, en muchos casos, el preverbio tiene una realización precisa que puede modificar el significado de un término; así, mientras *volo* es simplemente «volar», *subvolo*, con un preverbio *sub-*, cuyo valor es el adlativo «hacia arriba», expresa la acción de «subir volando». Por otra parte, los textos latinos están llenos de modificados preverbiales, y a veces pueden ser incluso un instrumento determinante para la perfecta comprensión de un pasaje; esto es lo que ocurre con el siguiente texto de Salustio<sup>8</sup>, donde la noción sociativa expresada por *com-* se opone a la de divergencia, expresada por *dis-* (*dis-* | *com-*):

Hi postquam in una moenia **convenere dispari** genere, **dissimili** lingua, alius alio more viventes, incredibile memoratu est, quam facile **coaluerint**; ita brevi multitudo **dispersa** atque vaga **concordia** civitas facta erat. (Sal. *Cat.* 6, 2) («Éstos, desde que se encontraron reunidos dentro de unas mismas murallas, a pesar de ser de razas distintas, de lengua diferente y de vivir cada cual a su modo, es increíble pensar cuán fácilmente se fusionaron; de este modo, en poco tiempo, una multitud de distintas procedencias y errante se hizo ciudad por la concordia.») (trad. de Díaz y Díaz)

c) En tercer y último lugar, las estructuras sintagmáticas, cuyo carácter es, frente al opositivo de las anteriores, combinatorio (plano sintagmático), pueden explicarse en términos de solidaridades léxicas, donde uno de los términos se presenta como el determinante y el otro el determinado, tal y como puede verse, por ejemplo, en la solidaridad que la palabra «perro» mantiene con el verbo «ladrar». Ahora bien, la determinación de un término sobre otro puede venir dada desde lo más general a lo más particular: una clase léxica (afinidad), un archilexema (selección), o un simple lexema (implicación). Cuando se transgreden ciertas solidaridades podemos encontrarnos con usos impropios que a veces resultan graciosos. Pongamos algunos ejemplos:

- No podemos decir «voy a bañar mi cabeza», pues «bañar» implica la clase de la totalidad, y no la de la parte, de ahí que sí podamos decir que un objeto está «bañado en oro».
- El verbo «navegar» implica el desplazamiento por un medio acuático y atañe, por tanto, al archilexema «barco», que engloba a los diferentes transportes por mar. Por ello, pue-

---

<sup>8</sup> Hemos tomado el ejemplo de Domínguez 1986, 348.

de resultar inesperado para un oyente si le decimos que nos hemos pasado el verano navegando (por internet).

- El verbo «ladrar» mantiene una solidaridad casi exclusiva en el lexema «perro». Por tanto, si alguien nos dice que «su jefe se pasa el día ladrándole» podremos imaginar fácilmente con qué tipo de animal se está haciendo la comparación.

Un ejemplo significativo de lo que decimos en la lengua latina nos lo puede proporcionar el uso de ciertos verbos propios para la clase léxica de lo no humano referidos a mujeres cuando se trata de criticar sus excesos ornamentales, en opinión de los varones:

mulieres **opertae** auro purpuraque (Cato *hist.* 113) («mujeres recubiertas de oro y púrpura») **inauratae** atque inlatae mulieris (Titin. *com.* 1) («mujeres recubiertas [o descubiertas] de oro... y sin lavarse»)

El hecho de que las mujeres estén «cubiertas (*opertae*) de oro y de púrpura», o «recubiertas de oro (*inauratae*)»<sup>9</sup> es, más bien, propio de un mueble o de una estatua. Esta fractura con la solidaridad léxica esperable es la que provoca, en definitiva, el efecto cómico.

Hecho, pues, este breve resumen relativo a las estructuras, vamos a estudiar en este capítulo diversos aspectos relacionados con la clase léxica para dedicar el siguiente a la estructura de campo, donde volveremos a las estructuras sintagmáticas cuando tratemos acerca de los campos semánticos elementales de Porzig (4.1.).

### 3.4. La recurrencia de las clases léxicas: las relaciones clasemáticas

Como ya vimos en el capítulo anterior dentro del apartado de la semántica tripolar, las oposiciones de contenido están determinadas por rasgos distintivos llamados «semas». Estos semas pueden ser específicos de una oposición de contenido concreta, pero también pueden ser genéricos y agrupar a una serie de términos que tengan ese sema en común. Es lo que ocurre, con el sema genérico que agrupa a los verbos causativos («enseñar», «alimentar», etc.), de manera que conforman una clase determinada por el clasema de la causatividad, independientemente del campo léxico a que cada verbo pertenezca. A esto hay que añadir el hecho de que, una vez conformadas ciertas clases léxicas, observamos que se dan ciertas relaciones recurrentes entre ellas. Esto ocurre, por ejemplo, con la relación entre la clase de los verbos causativos con la de los no-causativos<sup>10</sup>:

<sup>9</sup> Aunque en este segundo caso estamos ante un genial juego de palabras según el cual *inauratae* pasa a significar lo contrario, es decir, sin oro, al entrar en coordinación con *inlatae* (García Jurado 1997c).

<sup>10</sup> Entre los clasemas más recurrentes, García Hernández (1980, 53ss.) destaca los siguientes: animado / inanimado; transformativo / no transformativo, transitivo / intransitivo, causativo / no causativo y determinado / indeterminado.

**CAUSATIVOS-NO CAUSATIVOS**

doceo.—discis  
fugo.—fugis  
sedo.—sidis

De esta forma, si bien los lexemas se relacionan según distintos criterios, lo más frecuente es que sea a través de las clases léxicas a las que pertenecen. Veamos dos realizaciones significativas de este hecho:

- a) la clase de los verbos causativos tiende a establecer relaciones con la clase de los verbos no causativos<sup>11</sup>, tanto intransitivos como transitivos, con sujeto distinto con respecto a la clase causativa<sup>12</sup>:

«matar» (causativo).—«morir» (no causativo e intransitivo)  
«enseñar» (causativo).—«aprender» (no causativo y transitivo)

- b) hay también relaciones entre clases que pueden plantearse entre verbos cuyas acciones comparten el mismo agente. Es el caso de «aprender» (no resultativo) que forma parte de un proceso que termina en «saber» (resultativo), o de «ver» (transformativo), que forma parte de un proceso que termina en «conocer» (no-transformativo):

«aprender» — «saber»  
«ver» — «conocer»

Según estos criterios, pueden establecerse una serie de relaciones entre clases léxicas, preferentemente remitidas a la clase verbal, que se distinguen, ante todo, por la participación de uno o más sujetos en el proceso que conforman. García Hernández propuso sobre los verbos latinos de «ver» un sistema de relaciones entre clases (relaciones clasemáticas), cuya característica más sobresaliente es su extraordinaria recurrencia dentro de todo el léxico de cualquier lengua. Este modelo sirve como eje para la organización de los verbos según unas clases léxicas

<sup>11</sup> Coseriu (1986, 147 y nota 1) establece la relación de manera diferente: «Las clases no deben confundirse con los campos léxicos. Un campo léxico es un contenido léxico continuo, condición que, en cambio, no es necesaria, para una clase. Un campo léxico puede pertenecer en su conjunto a una clase y contener de ese modo el clasema correspondiente; pero un clasema puede también, por así decir, "atravesar" toda una serie de campos léxicos. De aquí que palabras de clases diferentes puedan pertenecer al mismo campo léxico, y al revés: al *kaufen* "comprar", y *verkaufen* "vender", determinados clasemáticamente (con respecto al agente) como "adlativo" y "elativo", respectivamente, pertenecen al mismo campo léxico; en cambio, *fragen*, "preguntar", y *antworten*, "contestar", pertenecen a las mismas clases, pero no al mismo campo léxico que *kaufen* y *verkaufen*.»

<sup>12</sup> Por lo demás, es muy relevante, como luego veremos, la circunstancia de que tengamos dos sujetos diferentes, según se trate de la acción causativa («tú matas», «tú enseñas») o de la no causativa («yo muero», «yo aprendo»).

básicas: cuando participa más de un sujeto tenemos la relación complementaria («doy».—«recibes»), y cuando tenemos el mismo sujeto podemos encontrar tres relaciones diferentes, como son la alternación («doy» / «quito»), la relación secuencial («recibo» — «tengo») y la extensional («tengo» — «suelo tener»)<sup>13</sup>. A su vez, las dos primeras relaciones afectan a lo que podemos entender como el problema general de la antonimia, mientras que las dos últimas conciernen a asuntos propios del aspecto verbal. Por ello, vamos a analizar estas cuatro relaciones ordenándolas en dos grupos: la complementariedad y la alternación, por un lado, y la relación secuencial y la extensional por otro:

a) *La relación de complementariedad y la alternación*

La complementariedad tiene que ver con la expresión diatética de las acciones (activa.—pasiva), de forma que las dos clases básicas que concurren en ella son las de CAUSATIVO.—NO CAUSATIVO:

Complementariedad    *doceo.—discis*  
                                   *do.—accipis*

*nihil est, quod discere velis, quod ille docere non possit* (Plin. *Ep.* 1, 22, 2) («no hay cosa que quieras aprender que aquél no pueda enseñarte»)

*quod dat accipimus* (Cic. *Fam.* 1, 1, 2) («lo que nos da lo recibimos»)

Como vemos, en esta relación los términos se complementan, de forma que hay una congruencia lógica entre las dos acciones: se puede «aprender» porque «alguien enseña», y se «recibe» lo que se «da»<sup>14</sup>. La alternación, por el contrario, requiere que los términos que concurren en ella sean equipolentes y contrarios. De esta forma, si tomamos como punto de partida los verbos complementarios *do* y *accipio*, lo contrario de «dar» sería «quitar» (no «recibir»), y lo contrario de «recibir» sería «rechazar» (no «dar»):

Alternación                *do / adimo*  
                                   *accipio / repello*

<sup>13</sup> Respetamos los signos convencionales propuestos por García Hernández para representar cada una de las relaciones: punto y guión (—) para la complementaria; la barra vertical (|) para la alternación; doble guión (—) para la relación secuencial y un guión simple (—) para la extensional.

<sup>14</sup> Como después comentaremos, encontramos a menudo interferencias entre los términos complementarios y la realizaciones mediopasivas. Por lo demás, esta relación, que en principio parece simple, presenta realizaciones concretas de carácter más complejo, como la «dimensión eventiva» propuesta por Jiménez Calvente (1993) para casos como *aliquid mihi in mentem uenit* o la «complementariedad facultativa» de *sumo* «tomar uno mismo, sin necesidad de que se lo den» frente a la «complementariedad obligatoria» del par *do.—accipis* (García Jurado 1995b).



ait hanc dedisse me sibi atque eam meae uxori surrupuisse (Plaut. *Men.* 480-481) («dice que yo le di este manto y que se lo sustraje a mi mujer»)

nec capiendum quicquam erat nec repellendum (Cic. *Tim.* 19) («no había que coger ni rechazar cosa alguna»)

La alternación, relación mantenida por términos que han de ser equipolentes y contrarios, tiene que ver con lo que entendemos normalmente como antonimia, que es donde la semántica tradicional suele incluir también la relación complementaria. Es oportuno que en este punto hagamos algunas precisiones acerca de las diferencias que presenta la relación entre términos complementarios («dar».-«recibir»), por un lado, y entre términos alternos («dar» / «rechazar»), por otro. La relación de complementariedad y la de alternación son perfectamente diferenciables, como ya se ha observado desde otros marcos teóricos<sup>15</sup>. Una y otra relación han sido objeto de estudio, aunque con otras denominaciones y planteamiento, de la semántica de John Lyons, quien las encuadra en su sistema de «oppositeness of meaning». Las «oppositeness of meaning» presentan tres tipos generales: la «complementarity», entre términos contrarios que se implican, tales como «male» / «female», o «single» / «married», de manera que la negación de uno conlleva la afirmación del contrario; la «antonymy», entre términos contrarios graduables, como «big» / «small», entre los cuales pueden darse diferentes grados; y, finalmente, la «converseness», que se da entre términos del tipo «buy» / «sell», o «husband» / «wife» (Lyons 1979, 474-483). Las relaciones de complementariedad propuestas por García Hernández coinciden, en términos generales, con la «converseness» de Lyons, mientras que las relaciones alternas lo hacen con las dos modalidades primeras de «oppositeness of meaning». Sin embargo, las coincidencias terminan aquí, pues tanto las intenciones como los desarrollos teóricos de cada modelo son completamente diferentes (García Hernández 1980, 63). El análisis de los términos latinos *erus* («señor», «amo»), *servus* («siervo») y *liber* («libre») nos puede ayudar a comprender mejor la diferencia entre la relación complementaria y la alterna. Dados estos términos, podemos comprobar que la relación entre *erus* y *servus* es de complementariedad, ya que mientras el primero da órdenes (*imperat*) el segundo las cumple (*parat*):

eri sum servos (Plaut. *Amph.* 347) («soy siervo de mi señor»)

La relación de alternación, es decir, la relación absolutamente simétrica, se daría entre *servus* y *liber*:

servo'sne an liber? (Plaut. *Amph.* 343) («¿eres siervo u hombre libre?»)

<sup>15</sup> Para una revisión de los problemas de la antonimia en latín cf. Bârlea 1995 y Moussy 1996.

Las dos estructuras léxicas podrían esquematizarse de la manera siguiente:

erus.—servus (eri servus)  
servus | liber (servus an liber?)

En otros pasajes de Plauto podemos ver relacionadas las dos estructuras:

LY. **erus** sum OL. quis **erus**? LY. quoius tu **servo**'s  
OL. **servus**, ego? LY. ac meu'. OL. non sum ego **liber**? (Plaut. *Cas.* 734-6) («LY. soy tu señor OL. ¿qué señor? LY. de quien tú eres siervo OL. ¿siervo yo? LY. y mío. OL. ¿acaso no soy libre?»)»

En resumidas cuentas, se es amo de un siervo, pues éste no es libre. Libre es necesariamente el amo, pero esta condición no es exclusiva de él, ya que también puede llegar a serlo el siervo, una vez manumitido.

b) *Relación secuencial y relación extensional*

Las relaciones secuencial y extensional vienen a corresponderse con el desarrollo y la duración de una acción, bien en su expresión gramatical o en su expresión léxica. La relación secuencial se define como la ordenación progresiva del desarrollo de una acción, en expresión gramatical, de dos o más acciones, en expresión léxica (García Hernández 1976, 33):

Expresión gramatical: *video* (no perfectivo) — — *vidi* (perfectivo)

Expresión léxica: *aspicio* (no-resultativo) — — *video* (resultativo)

La relación extensional se define como la duración relativa de una acción. Ésta presenta, a su vez, doble expresión, bien sea gramatical o léxica (García Hernández 1976, 34):

Expresión gramatical: *aspiciebam* (indelimitativo) — *asperi* (delimitativo)

Expresión léxica: *aspicio* (no-durativo) — *specto* (durativo)

De esta forma, la expresión de la duración relativa puede expresarse por medio de la gramática o del léxico, aunque la naturaleza de la duración sea en uno y otro caso de índole bien distinta. La expresión gramatical más genuina del aspecto extensional está expresada por la oposición entre imperfecto (indelimitativo) y perfecto (delimitativo). La duratividad como tal es un hecho propio del léxico, mientras que el imperfecto, considerado tradicionalmente como durativo, expresa, más bien, la indelimitación. Así lo propuso García Hernández (1977a), según criterios estructurales y, a partir del estudio sistemático de las restricciones de la categoría del aspecto sobre los elementos de duración, vino a confirmarlo Torrego (1988 y 1989).

Vamos a poner dos ejemplos de cada tipo de relación ayudándonos de los verbos latinos *horresco* — *horreo* y *alo* y *educo*, respectivamente:

- *Horresco* (erizarse, estremecerse) ocupa la parte no-resultativa de un proceso cuyo resultado es *horreo*:

*horresco* referens (Verg. *Aen.* 2, 204) («me estremezco al contarlo»)  
*horrescit*... tuens (Stat. *Theb.* 7, 41) («se estremece al contemplar»)

Su aparición bien formando perífrasis con *coepit*, bien modificado por preverbios como *in-* o *sub-*, hace posible que podamos encontrarlo precisamente en el grado incipiente o incoativo de la acción:

sed ut ille qui navigat, cum subito mare coepit horrescere (Cic. *Rep.* 1, 63)  
 («como aquel que va por el mar, cuando de súbito el mar comienza a encrespase»)  
*horum in severitatem dicitur inhorruisse primum civitas* (Cic. *Rep.* 4, 6)  
 («se dice que la población al principio comenzó a encrespase contra la severidad de estos»)

Estos textos ofrecen datos muy pertinentes para la semántica de *horresco*. El sufijo *-sco* no es *per se*, frente a lo que se dice comúnmente, incoativo, sino, simplemente, no-resultativo. De ser incoativo, sería innecesario que para referirse a este grado incipiente hubiera que recurrir a la perífrasis con *coepit* o a un preverbio. A su vez, observamos cómo hay diferentes medios para expresar el grado incipiente de la acción, bien mediante la construcción perifrástica, bien gracias a la modificación preverbal. Observamos, asimismo, que la forma de perfecto de *horreo*, *horruí*, pasa a ser también el perfecto de *horresco*:

inhorresco	— —	horresco	— —	horreo
inhorrui	←			horruí

El fenómeno es análogo al que encontramos en la secuencia *eo* — *sum*, donde la forma de perfecto de *sum*, *fui*, pasa a ser la de *eo*<sup>16</sup>:

eo in funus	— —	sum in funere
fui in funus	←	fui in funere

<sup>16</sup> Con respecto a esta cuestión, tan importante para la lingüística románica, véase García Hernández 1983. Asimismo, *fui* ya había sufrido otro desplazamiento, pues en un principio era la forma de perfecto de *fio*: «El desplazamiento secuencial supone que un término se desgaja de su tronco originario para integrarse en una oposición próxima. Dentro de la oposición léxica *fio* (— *fui*) — *sum*, el perfecto *fui* se desplaza del primer término al segundo: *fio* — *sum* (— *fui*); la posición libre de perfecto de *fio* viene a ocuparla *factus sum*: *fio* (— *factus sum*) — *sum* (— *fui*)» (García Hernández 1992, 327).

fui enim hodie in funus (Petr. 42, 2) («**fui** hoy al entierro»)<sup>17</sup>

- Por su parte, los verbos *alere* («alimentar») y *educare* («criar») constituyen un buen ejemplo de lo que es la relación extensional. Podemos leer la ilustrativa definición que Nonio Marcelo hace de estos verbos:

ALERE et EDVCARE hoc distant: alere est victu temporalis sustentare, educare autem ad satietatem perpetuam educere. Plautus in Menaechmis (98):

Nam illic homo hominis non alit, verum educat. (Non. p. 682 L.)

(«ALERE y EDVCARE se diferencian en lo siguiente: *alere* es sustentar con comida durante un tiempo, *educare*, por su parte, es sacar adelante saciando ininterrumpidamente. Plauto en *Los Menecmos* (98): “pues ese hombre no alimenta a la gente, sino que la sacia”.»)

El verbo *educare* está formado por su sufijo *-a-* de carácter intensivo que lo diferencia del simple *educere* (donde encontramos el preverbo *ex-* «hacia fuera» modificando la base verbal *ducere* «conducir»). Esta diferencia morfológica ya supone en sí misma una relación extensional entre *educere* y *educare*:

*educere-educare*

El mismo Nonio Marcelo explica así la diferencia: «*educere et educare hanc habent distantiam. Educere est extrahere; educare nutrire et provehere*» (Non. p. 718 L.)<sup>18</sup>. La diferencia entre uno y otro verbo es, sobre, todo, de intensidad de la acción, pues lo que en el primero no pasa de ser un mero acto físico («sacar hacia fuera») en el segundo estamos ante una acción habitual susceptible de convertirse, gracias a la metáfora, en la designación propia de la acción de «criar». Por eso, asimismo, *educare* se relaciona también con el verbo *alere* («dar alimento») en una relación extensional:

*alere* («dar alimento»)-*educare* («dar alimento constantemente»)

En definitiva, estas relaciones de contenido nos permiten ver sistematizadas las estructuras básicas que plantean los lexemas. En este sentido, la lexemática supone un paso decisivo para superar la clásica lista de palabras.

<sup>17</sup> Manuel C. Díaz y Díaz traduce «he estado en un entierro».

<sup>18</sup> «*Educere* y *educare* presentan esta diferencia: *educere* es, simplemente, conducir hacia fuera, mientras que *educare* es nutrir y criar».

### 3.5. Lexemática y gramática: el sueño del sistematismo.

## La proporcionalidad en el estudio léxico

La lexemática latina ofrece uno de los planteamientos para el estudio del léxico más innovadores, frente a las propuestas que suponen el estudio del vocabulario como un hecho marginal con respecto a la gramática, pues tiende a compaginarse con ésta<sup>19</sup>. Este modelo parte, evidentemente, del estudio de las estructuras léxicas, pero va más lejos, pues, dado el paralelismo —y los cruces— que hay entre ciertas estructuras léxicas de carácter muy general como la voz y el sistema de tiempos, es factible un estudio que aúne ambos hechos. Esta situación ha llamado la atención igualmente a los estudiosos de la sintaxis, posiblemente porque John Lyons (1963; 1979; 1980) ya lo había puesto de relieve en su teoría semántica. Es el caso de Rodie Risselada, quien, abordando la cuestión desde el punto de vista de la Functional Grammar, observa que no hay diferencias sustanciales desde el punto de vista del sujeto paciente entre *fugio* y *fugor*, la versión léxica y gramatical, respectivamente, de la acción complementaria del causativo *fugo* («poner en fuga»)<sup>20</sup>:

fugo hostes.— hostes fugantur  
hostes fugiunt

Asimismo, Huguette Fugier (1991, 42) se refiere a ello desde el punto de vista del funcionalismo sintáctico:

«Quant au complément circonstanciel, on ne voit pas de quel mécanisme syntaxique disposerait le latin, qui serait capable, comme la "voix circonstancielle", de certaines langues extra-européennes, de le promouvoir au rang de sujet. Seules restent les solutions lexicales:

Ostendo librum discipulo → Discipulus librum videt»

De esta forma, por poner alguno de los ejemplos más significativos, puede observarse que hay una estrecha conexión entre la voz mediopasiva y ciertos términos complementarios:

### Voz Activa/Mediopasiva

video.–videtur      ostendo.–ostenditur      vendo.–venditur

## Términos Complementarios

video.—apparet      ostendo.—apparet      vendo.—venit

<sup>19</sup> García Hernández 1985b y 1989. Esta misma necesidad también la ha visto Molero Alcaraz, quien asimismo propone un mismo rango para el estudio del léxico que el que tiene la fonética, la morfología y la sintaxis (Molero Alcaraz 1982, 302).

<sup>20</sup> «Note that to some extent languages have lexical alternatives to the passive in order to present a state of affairs from the perspective of a Patient-like constituent» (Risselada 1991, 413 n. 2). Véase también Costas Rodríguez 1977.

Estos hechos no son del todo desconocidos por la gramática tradicional cuando dice que la pasiva de *facio* es *fit*, o pone en relación la construcción de *sum* + dativo con *habeo*, ya que, a fin de cuentas, no son más que términos complementarios:

*facio mensam.*—*mensa fit*  
*habeo pecuniam.*—*pecunia est mihi*

De esta forma, *fit*, término complementario de *facio*, ha pasado a constituirse en la forma pasiva de éste. Cabe hacer la precisión de que no se trata de una pasiva de origen gramatical, sino de una pasiva de origen léxico. De la misma forma, la noción de posesión que expresa *habeo* es complementaria de la idea de destinatario que expresa la construcción de *sum* con el dativo tradicionalmente mal llamado «posesivo» (García Hernández 2001b)<sup>21</sup>. Estos hechos, sin bien representativos, no son más que la punta de un gran iceberg, ya que el fenómeno de la complementariedad léxica afecta prácticamente a todo el léxico. De esta manera, y por no salir de los ejemplos dados, cuando observamos que la gramática tradicional nos muestra la relación entre *habeo* y *est mihi* podemos preguntarnos por qué no nos muestra igualmente la relación, también complementaria, de *do* con aquéllos:

*HOMO mihi pecuniam dat.*—*EGO pecuniam habeo.*—*PECUNIA mihi est*

Las interferencias léxicogramaticales pueden apreciarse en distintos hechos de la lengua. García Hernández (1985b, 173-174) ha destacado tres de ellos por su extraordinaria importancia, que reproducimos aquí:

- 1) Las oposiciones léxicas de una lengua se corresponden a menudo con oposiciones gramaticales en otra:

latín	castellano
<i>facio.</i> — <i>fit</i>	hacer.—ser hecho
<i>vendo.</i> — <i>venit</i>	vender.—ser vendido

latín	griego
<i>ostendo.</i> — <i>apparet</i>	φαίνω.—φαίνεται

<sup>21</sup> Dada la estrecha interrelación que se plantea entre los fenómenos de índole gramatical, los semánticos y los propiamente cognitivos, Ramos Guerreira (1998) ha abordado el estudio de la expresión de la posesión desde el latín arcaico al clásico a partir del aspecto de la tipología de la expresión de la posesión, observando cómo *habeo*, que ha sufrido una «erosión semántica» como verbo de «coger» hasta «tener», ha ido desplazando a la construcción con *sum*, que se ha visto relegada a usos de carácter más abstracto. El autor hace hincapié en el hecho de que para poder explicar este proceso los factores pragmáticos son esenciales, y subraya su carácter predominantemente gramatical, de mucho mayor peso, en su opinión, que los aspectos propiamente léxicos.

- 2) Dentro de la misma lengua, los términos complementarios intransitivos pueden suplir la voz pasiva de los respectivos transitivos:

*iacio*.—(*iacitur, iactus est*) *iacet*  
*accendo*.—(*accenditur, accensus est*) *ardet*  
*pendo*.—(*penditur, pensus est*) *pendet*

- 3) El participio de perfecto del primer término, debido a su carácter pasivo, puede funcionar como participio del segundo término complementario:

*accendo*.—*ardet*: *accensus*  
*doceo*.—*discit*: *doctus*  
*facio*.—*fit*: *factus*  
*gigno*.—*nascitur*: (*g*)*natus*  
*occulo*.—*latet*: *occultus*  
*pendo*.—*pendet*: *pensus*  
*sopio*.—*dormit*: *sopitus*  
*verbero*.—*vapulat*: *verberatus*

Es evidente que un planteamiento de este tipo entra en conflicto con la concepción eminentemente gramatical de la lengua a la que estamos acostumbrados, donde la larga tradición de los estudios gramaticales contrasta con la breve vida de la lexemática en calidad de disciplina lingüística. No obstante, las interferencias léxico-gramaticales surgen continuamente en la lectura de los textos. Así lo vemos en el siguiente pasaje de Ovidio, donde pueden verse claramente contrastadas la relación activa-pasiva entre *petit* y *petitur* con la complementariedad léxica entre *accendit* y *ardet*<sup>22</sup>:

dumque petit petitur pariterque accendit et ardet (Ov. *Met.* 3, 426) («y mientras reclama es reclamado, y al tiempo que enciende arde [es encendido]»)

Otro problema de índole tanto científica como didáctica viene dado a la hora de formalizar RELACIONES DE CONTENIDO entre las palabras, ya que las únicas relaciones que generalmente se establecen son las FORMALES, más concretamente en el ámbito de la etimología, como la dada entre *essurio* (no resultativo) y *edo* (resultativo). Pero, como ha observado García Hernández, la misma relación en lo que respecta al contenido puede encontrarse, asimismo, entre *sitio* y *bibo*:

*essurio* (no resultativo) — *edo* (resultativo)  
*sitio* (no resultativo) — *bibo* (resultativo)

<sup>22</sup> López Gregoris (1998) ha estudiado el interesante juego de relaciones complementarias que aparecen en este pasaje Ovidiano, relativo al mito de Narciso.

En definitiva, si buscamos una diferencia clave entre el modelo de estudio estadístico del vocabulario que hemos visto al comienzo y el estudio que propone la lexemática, esta diferencia puede ser la siguiente:

- a) El modelo de estudio léxico a partir de los índices de frecuencia parte del hecho de que el léxico no presenta una importancia de primer orden dentro de la estructura del lenguaje<sup>23</sup>.
- b) Sin embargo, la lexemática tiene unos presupuestos radicalmente distintos, como es considerar que el léxico sí presenta, por el contrario, unas estructuras de la misma importancia que las encontradas en otras parcelas de la lengua.

Independientemente de su valoración científica, la lexemática aporta lo que podemos considerar como una nueva mentalidad para concebir el léxico y se propone, en resumidas cuentas, una enseñanza sistemática de las palabras, un estudio del léxico desde dentro de la propia lengua. Dados, pues, unos presupuestos tan distintos, debemos hacer una observación muy importante en este punto, como es el hecho de que dos concepciones tan dispares sobre la propia naturaleza del léxico implican, necesariamente, dos modelos de trabajo igualmente diferentes, aunque no por ello incompatibles. De esta forma, el estudio del léxico a partir de los índices de frecuencia pretende seleccionar en lo esencial el vocabulario, reuniéndolo mediante criterios distintos (alfabético, nocional, índice de mayor a menor frecuencia, etc.), pero manteniendo esencialmente la presentación «vertical» del léxico. Con este método se trata, en definitiva, de justificar razonadamente las listas de palabras. Por el contrario, la lexemática pretende modificar la concepción tradicional del diccionario y marginar la lista de palabras, al menos en su concepción tradicional de término-traducción. En lugar de ello, intenta mostrar las relaciones y estructuras léxicas de los términos. En definitiva, la presentación del léxico se hace de manera «horizontal», fundamentalmente.

Vamos a poner un caso práctico que ilustra lo que venimos diciendo. Dado, por ejemplo, un grupo de términos frecuentes (*accipio*, *adimo*, *do*, *egeo*, *erus*, *habeo*, *homo*, *liber*, *mulier*, *servus* y *vir*), el modelo clásico de la lista de palabras nos los presentaría ordenados alfabéticamente:

ACCIPIO	«recibir»
ADIMO	«quitar»
DO	«dar»
EGEO	«necesitar» <sup>24</sup>

<sup>23</sup> Así lo expresa, por ejemplo, Lucas (1986, 209): «Desde una perspectiva estrictamente científica el léxico no pasa de ser un elemento secundario en la estructura general del lenguaje (...)».

<sup>24</sup> *Egeo* mantiene una oposición de contenido con *careo*, en los mismos términos que en castellano tenemos «necesitar (algo que hace falta)» y «carecer (de algo que no se tiene, al margen de que se necesite o no)». En el libro titulado *Borges director de la Biblioteca Nacional. Diálogos entre José Edmundo Clemente y Oscar Sbarra Mitre* (Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 1998, 47) encontramos el siguiente texto: «Los salteños



ERVS	«amo, señor»
HABEO	«tener»
HOMO	«ser humano»
LIBER	«libre»
MVLIER	«mujer»
SERVVS	«siervo»
VIR	«varón»

Sin embargo, una presentación lexemática trataría de buscar las estructuras léxicas entre los distintos términos y justificar así su significado:

ACCIPIO	(modificado preverbial <i>ad + capio</i> ) complementario de <i>do</i> : <i>do. — accipit</i> alterno de <i>repello</i> : <i>accipio   repello</i> no resultativo de <i>habeo</i> : <i>accipio — — habeo</i>
ADIMO	(modificado preverbial <i>ad + emo</i> ) complementario de <i>egeo</i> : <i>adimo. — eget</i> alterno de <i>do</i> : <i>adimo   do</i>
DO	complementario de <i>accipio</i> : <i>do. — accipit</i> alterno de <i>adimo</i> : <i>do   adimo</i>
ECEO	complementario de <i>adimo</i> : <i>adimo. — eget</i> alterno de <i>habeo</i> : <i>habeo   egeo</i>
ERVS	complementario de <i>servus</i> : <i>erus. — servus</i> cf. los verbos: <i>imperat. — servit</i> <i>imperat. — parat</i>
HABEO	complementario de <i>do</i> : <i>do. — habet</i> alterno de <i>egeo</i> : <i>habeo   egeo</i> resultativo de <i>accipio</i> : <i>(do. —) accipis — — habes</i>
HOMO	término neutro en la oposición <i>homo // vir / mulier</i>
LIBER	alterno de <i>servus</i> : <i>liber   servus</i>
MVLIER	término positivo en la oposición <i>homo // vir / mulier</i>
SERVVS	complementario de <i>erus.</i> — <i>servus</i> alterno de <i>liber</i> : <i>liber   servus</i>
VIR	término negativo en la oposición <i>homo // vir / mulier</i>

usan en muchos casos palabras de antes, palabras viejas. Y hay como un cuidado especial de las palabras que se dicen. Una vez me encontré con uno de los arrieros que hay en Salta, y lo vi tan afligido al tipo que le pregunté: "¿Necesita algo?". Y el tipo me miró y me contestó: "No señor, no necesito nada. Con lo que me falta tengo bastante". Esas vueltas del idioma. Y a Borges le gustaba y me hacía conversar.»

De esta forma, el paralelismo entre las estructuras gramaticales y las estructuras léxicas, así como la pertinencia de las relaciones de contenido, al margen de que sean también formales o no, constituyen los dos ejes básicos de la lexemática, y suponen asimismo uno de los hechos más renovadores para la propia didáctica del léxico. No sabemos si este sistematismo es suficiente como para poder equiparar el estudio del léxico al de la gramática. Los estudiosos de la sintaxis lo consideran insuficiente para ser funcional, y autores como Flobert lo consideran, más bien, un hecho estilístico<sup>25</sup>. Sin embargo, el léxico TIENDE a ordenarse mediante criterios de proporcionalidad, como vamos a ver a continuación.

La proporcionalidad o analogía es uno de los mecanismos básicos de la creación léxica, pues gracias a los criterios analógicos es como se crean palabras nuevas, o se da a éstas nuevos sentidos. La proporcionalidad afecta a los aspectos morfológicos; así, por ejemplo, lat. *equus* / *equa* es proporcional a *dominus* / *domina*, o *servus* / *serva*. Sin embargo, la proporcionalidad también puede afectar al contenido; de esta forma, es tan proporcional la relación *dominus* / *domina* como la establecida entre *homo* / *mulier* (García Hernández 1981, 27). Por otra parte, las relaciones proporcionales afectan en especial a las relaciones clasemáticas que ya hemos analizado anteriormente; según esto, los términos complementarios *do*–*habes* son proporcionales a *dico*–*audis*, *ostendo*–*vides* y todos aquellos que podamos encontrar. Así pues, la proporcionalidad nos permite asociar términos que tienen en común una estructura léxica básica. A partir de estos hechos de proporcionalidad se abren unas posibilidades didácticas muy diversas, que posibilitan en buena medida el aprendizaje léxico, así como la lectura atenta de los textos<sup>26</sup>. Podemos apreciar estas relaciones proporcionales en un campo tan cercano a nosotros como es el de la ENSEÑANZA. La acción de enseñar (*docere*) es causativa de la acción de aprender (*discere*), de tal forma que el maestro enseña y el discípulo aprende:

MAGISTER docet doctrinam discipulos.—DISCIPVLI doctrinam discunt

nihil est, quod discere velis, quod ille docere non posit. (Plin. *Ep.* 1, 22, 2)  
(«no hay cosa que quieras aprender que aquél no pueda enseñarte»)

Pues bien, las acciones de «enseñar».—«aprender» pueden verse sustituidas por otras afines, o bien combinadas:

— *doceo* («enseñar») y *educo* («sacar adelante»):

Mater ubi accepit, coepit studiose omnia docere, educere ita ut si esset filia. (Ter. *Eu.* 116–117) («cuando la recibió, mi madre comenzó a instruirla en todo con esmero, y a criarla como si fuese una hija.») (trad. de A. Pociña y A. López)

<sup>25</sup> «B. García Hernández donne de nombreux exemples qui ne sont pas spécifiquement latins: *donner* / *recevoir*, *dire* / *écouter*, *montrer* / *apparaître*, *instruire* / *apprendre*, etc. C'est un phénomène qui, à mon avis, relève plus de la syntagmatique que de la paradigmatique et de la stylistique plus que de la morphologie.» (Flobert 1992, 37–48).

<sup>26</sup> Para la aplicación didáctica de la proporcionalidad léxica cf. García Hernández 1981, 1987 y Domínguez 1986, 351–352.

— *doceo* («enseñar») y *ostendo* («mostrar»); *nosco* («conocer») y *percipio* («percibir»):

Indicia enim rei cuiusque et sinceræ proprietates negant posse nosci et percipi, idque ipsum docere atque ostendere multis modis conantur. (Gel. 11, 5, 4) («Niegan, en efecto, que puedan conocerse y percibirse los indicios y las propiedades puras de cada cosa, y esto mismo intentan enseñarlo y mostrarlo de muchas maneras.»)

— *doceo* («enseñar») y *edomo*<sup>27</sup> («domar»):

Adversæ res edomant et docent. (Gel. 6, 3, 14) («Las cosas adversas someten y enseñan.»)

— *doceo* («enseñar») y *dico* («decir»); *disco* («aprendo») y *audio* («oír», «atender»), como vemos en la combinación *auditores dociles*:

ut auditors sese perpetuo nobis adtentos, dociles, benivolos praebeant (*Rhet. Her.* 1, 11) («de manera que a nosotros siempre se muestren los oyentes atentos, dispuestos a aprender y benévolos»)

Puede sorprendernos encontrar el término *docilis* en esta acepción, pero ésta es precisamente la que Juan de Valdés proponía en su *Diálogo de la lengua* para introducir «dócil» como neologismo:

«Dócil llaman los latinos al que es aparejado para tomar la doctrina que le dan y es corregible» (Valdés 1976, 137)

Precisamente, la misma en que piensa Horacio cuando dice:

percipiant animi dociles teneantque fideles (Hor. *Ars.* 336)  
(«para que los ánimos con facilidad lo perciban y fieles lo retengan»)

De esta forma, mientras el «maestro» es el que da la doctrina, la persona «dócil» es la que es capaz de tomarla. Pero el término pasará a relacionarse con esa peculiar manera de enseñanza que es la doma.

### 3.6. Aparición de términos que pertenecen a una supuesta estructura léxica en un mismo texto. Estructura léxica y estructura literaria

Hasta el momento, hemos revisado una serie de criterios paradigmáticos que permitieran plantear una estructura léxica. Ahora queremos abordar la cuestión de la dimensión sintagmática del léxico desde una perspectiva mucho más empírica que la que acabamos de exponer. En nuestra opinión, es interesante considerar un criterio directo, aunque esporádico, para

<sup>27</sup> Para la etimología de *domo*, que no tiene relación alguna con *domus*, cf. E.—M. s. v.

encontrar datos que avalen o sugieran nuestra hipótesis sobre una estructura léxica. Dos términos de una oposición léxica, independientemente del carácter que ésta tenga, pueden aparecer coordinados (coordinación copulativa, adversativa...), yuxtapuestos<sup>28</sup>, subordinado un término con respecto al otro, y otras posibilidades diversas, aspecto este que se ve condicionado por las necesidades estilísticas que intervienen en la cita conjunta de dos términos.

- a) «Sinónimos» (Semántica tradicional). Los lexicógrafos latinos (cf. 1.3.) utilizan a menudo este tipo de textos que contienen términos *simile significatione*. Así lo vemos en esta *differentia* de Nonio Marcelo (p. 682) entre PERIRE et INTERIRE<sup>29</sup>:

PERIRE et INTERIRE plurimum differentiae habet, quod perire levior res est et habet inventionis spem et non omnium rerum finem. Plautus Captivis (690):

qui per virtutem periit, at non interiit.

(«PERIRE e INTERIRE tienen muchísima diferencia, pues *perire* es un asunto más leve, guarda la esperanza del encuentro y no supone el fin de todas las cosas. Plauto en *Los Cautivos*: “el que muere a causa de su valor, pero no muere del todo”.»)

- b) Términos complementarios (3.4.), del tipo de *do* y *accipis*, pueden responder en su presentación conjunta a diferentes perspectivas de un proceso entre dos sujetos. Este es el caso de las acciones expresadas por *impero* (causativo) y *pereo* (no causativo), que pueden verse realizadas en el pasaje de Plauto siguiente (*impero*.—[*com.*] *pareas*):

et quae imperes compareant (Plaut. *Amph.* 630) («y que se cumplan las cosas que ordenes»)

Pero no en todos los textos se consideran los términos complementarios formando parte de un proceso entre dos sujetos, pues se puede plantear la opción entre una acción u otra para un mismo sujeto:

non parere se ducibus, sed imperare postulabat (Nep. *Eum.* 8, 2) («no pretendía obedecer a los jefes, sino darles órdenes»)

<sup>28</sup> Los criterios de coordinación y yuxtaposición utilizados por el funcionalismo para esclarecer la identidad funcional afectan al carácter sintáctico, y constituyen una prueba sintagmática poco relevante a efectos lexemáticos, pues para que dos verbos no se precisa más que ambos pertenezcan a la categoría de los verbos (V et V), salvo casos concretos de imposibilidad de coordinación entre verbos personales e impersonales («bebe, come y llueve»).

<sup>29</sup> Podemos entender mejor esta diferencia si sabemos que el término causativo de *pereo* es *perdo*, de forma que *pereo* puede traducirse en algunos casos como «perderse». Por el contrario, el término causativo de *intereo* es *interficio*, donde el preverbo *inter*—presenta una clara realización separativa de destrucción. Sobre el par complementario *perdo*.—*pereo* véase el útil trabajo de Martín Rodríguez 1985.

El problema está en discernir cuándo se trata de un proceso y cuándo no, pues esto supone un análisis de carácter filológico, interpretativo, no necesariamente lingüístico.

- c) Términos alternos («antónimos»). Los términos alternos aparecen enfrentados sintagmáticamente con bastante frecuencia, pero de formas muy diversas<sup>30</sup>:
- Interrogación doble: *gaudeat an doleat, cupiat metuatne, quid ad rem?* (Hor. Ep. 1, 6, 12) («¿qué importa que alguien goce o sufra, que sienta deseo o temor?»)
  - Coordinación copulativa: *neque veto neque iubeo* (Plaut. Cur. 145) («ni lo prohíbo ni lo ordeno»)
  - Comparación: *eho, mavis vituperarier falso quam vero extolli?* (Plaut. Mos. 177) («¿es que prefieres ser vituperada sin razón que elogiada con merecimiento?»)
  - Coordinación adversativa: *non vertit fortuna, sed cernulat et allidit* (Sen. Ep. 8, 4) («la fortuna no cambia, sino que golpea y hace pedazos»)
  - Or. Subordinadas: *nolunt ubi velis, ubi nolis cupiunt ultro* (Ter. Eu. 813) («cuando ellas no quieren tú quieres, y cuando tú no quieres ellas tienen ganas»)

Desde el punto de vista del análisis sintáctico, Baños (2002) ha hecho uso de criterios de este tipo para estudiar las comparativas con predicados verbales distintos, poniendo de relieve la «contigüidad semántica» que, por lo general, aparece entre los verbos de los ejemplos estudiados. Esta contigüidad se debe, según su análisis, a dos razones básicas:

- i) por tratarse de formas «prácticamente sinónimas», tales como *caveo* y *timeo*, o *doleo* y *maereo* en ejemplos como:

Verum, ut intellego, cavebat magis Pompeius quam timebat (Cic. Mil. 66) («mas, por lo que entiendo, tenía Pompeyo más precaución que temor»)

Est autem ita adfectus ut nemo umquam unci fili mortem magis doluerit quam ille maeret patris (Cic. Philip. 9, 12) («era tal su afecto que jamás nadie se dolió tanto de la muerte de su único hijo como aquél de la de su padre»)

- ii) por «expresar momentos complementarios de un mismo proceso», como en el caso de *experior persequi* y *volo factum*. Es lo que, según la relación clasemática de carácter secuencial nosotros denominamos «grados distintos de un mismo proceso»:

magi' non factum possum velle, quam opera experiar persequi (Plaut. Capt. 425) («el deseo que tengo de ver esto realizado no puede ser mayor que el celo con que trataré de llevarlo a cabo») (trad. de Román Bravo)

<sup>30</sup> Véase Bárlea 1998, 1073-1085 para la simetría sintáctica basada en la antonimia.

Este tipo de análisis, en definitiva, supone uno de los aspectos más delicados y sometidos a interpretación divergente, pues nos planteamos, por así decirlo, la proyección de una supuesta estructura léxica en un texto dado. Se trata del aspecto más filológico del estudio léxico, pues en la elección de los términos entra el factor estilístico.

Pero el estudio léxico puede hacerse todavía más filológico y hasta confundirse con lo literario cuando el texto del que extraemos nuestra información para conformar una estructura léxica es una obra literaria completa. La extensión del marco sintagmático es muy variada, lo que también depende del tipo de análisis que hagamos. De esta forma, al hacer un estudio de contextos distribucionales de un verbo (4.3. a.), o del léxico de los elementos nominales que de él dependen (4.3. b.), el marco sintagmático suele ser un *corpus* de autor, ampliable, si se quiere, a otros autores. Por su parte, el estudio de una oposición léxica en un mismo texto tiende a ceñirse a un pasaje más reducido. Así podemos verlo en la confluencia y disposición de términos nocionalmente afines en el siguiente pasaje de Séneca, con una disposición determinada:

ita fac, mi Lucili: vindica te tibi, et tempus, quod adhuc aut auferebatur, aut subripi-  
batur, aut excidebat, collige et serva. Persuade tibi hoc sic esse, ut scribo: quaedam tem-  
pora eripiuntur nobis, quaedam subducuntur, quaedam effluunt. (Sen. *Ep.* 1, 1) («obra  
de esta manera, querido Lucilio: reclámate para ti mismo, y coge y conserva el tiempo que  
hasta ahora bien se te arrebatava, se te substraía, o simplemente se echaba a perder.  
Convéncete de que esto es así como lo escribo: hay horas de las que nos despojan, otras  
nos las quitan secretamente, y otras se desvanecen.»)

Obsérvese cómo el pasaje se ordena en torno a la proporcionalidad que conforman varias estructuras léxicas («arrebatar», «quitar a escondidas», «extinguirse»):

	«Arrebatar»	«Quitar a escondidas»	«Extinguirse»
<b>TEMPVS</b>	<i>Auferebatur</i>	<i>subripiabatur</i>	<i>excidebat</i>
<b>TEMPORA</b>	<i>Eripiuntur</i>	<i>subducuntur</i>	<i>effluunt</i>

De esta forma, la disposición horizontal de la serie tripartita de verbos nos ofrece un proceso gradual que va del arrebataamiento (incluso violento), pasando por el hurto subrepticio, y llegando a la imperceptible y paulatina desaparición de nuestra posesión. En sentido vertical, obtenemos tres parejas de sinónimos.

Cuando se trata de una pequeña unidad literaria completa, como es el caso de un epigrama de Marcial, podemos apreciar fácilmente la confluencia entre una estructura léxica y una estructura literaria (García Hernández 1987, 230):

das numquam, semper promittis, Galla, roganti;  
si semper fallis, iam rogo Galla, nega. (Mart. 2, 25)  
(«nunca das nada y siempre prometes, Gala, cuando te suplico;  
si siempre engañas, te lo suplico, Gala, di que no.») (trad. de Dulce Estefanía)

En este caso, la estructura léxica se ve recogida en los términos complementarios *rogo* y *promittis*, cuya consecuencia es *das*, término, a su vez, alterno de *negas*. En casos como éste, la estructura literaria es prácticamente indisoluble de la léxica. Pero este hecho no es privativo de las obras cortas, sino también de obras más extensas, como las comedias de Plauto. Así lo vemos en un llamativo caso dentro del *Amphitruo*, en la diferencia entre los términos *vestitus* «estar vestido» y *ornatus* «estar vestido con una intención determinada, o disfrazado» (2.3.1.), donde, aplicados respectivamente a Sosia y a Mercurio, dan lugar a una estructura léxica paralela a la propia estructura literaria del doble (García Hernández 2001a; García Jurado 1992), tan característica de esta comedia:

PRÓLOGO, presentado por Mercurio, que aparece disfrazado de Sosia:

nunc ne hunc **ornatum** vos meum admiremini,  
quod ego huc processi sic cum servili schema<sup>31</sup>:  
veterem atque antiquam rem novam ad vos proferam,  
propterea **ornatus** in novom incessi modum. (Plaut. *Amph.* 116-119)

(«En cuanto a mí, no os extrañéis de este atuendo mío, de que me haya presentado en escena con este atavío de esclavo. Voy a ofreceros una versión nueva de una historia vieja y antigua y, por ello, me he presentado de esta manera nueva.») (trad. de Román Bravo)

ACTO I, encuentro entre Sosia y Mercurio. Habla Sosia:

certe edepol, quod illum contemplo et formam cognosco meam,  
quem ad modum ego sum (saepe in speculum inspexi), nimi similest mei;  
itidem habet petasum ac **vestitum** tam consimilest atque ego; (Plaut. *Amph.* 441-443)

(«Desde luego, por Pólux, cuando lo observo detenidamente y recuerdo mi propio aspecto, el que yo tengo —con frecuencia me he mirado al espejo—, su parecido conmigo es extraordinario. Lleva el mismo pétaso y mismo vestido. Se parece a mí tanto como yo mismo;») (trad. de Román Bravo)

ACTO III, encuentro entre Anfitrión y Mercurio. Habla Mercurio, que va a disfrazarse de Sosia:

ibo intro, **ornatum** capiam qui potis decet:  
dein susum ascendam, in tectum ut illum hinc prohibeam. (Plaut. *Amph.* 1007-1008)

(«Ahora me voy a casa a ponerme el atuendo que corresponde a un borracho. Después me subiré al tejado, para desde allí alejarlo.») (trad. de Román Bravo)

<sup>31</sup> «El *vestitus* de siervo, al llevarlo Mercurio, se convierte en *ornatus*. Pero repárese en que se emplea ahí el préstamo griego *schema*, sustantivo derivado del verbo que significa «tener», como *habitus* («hábito») deriva de *habere* («tener»); pues bien, toda figura retórica que proporciona ornato (*ornatus*) en la práctica oratoria recibe el nombre de *schema*;» (García Hernández 2001a, 296-297).

De esta forma, mientras Sosia «está vestido de sí mismo» (*vestitus*), Mercurio aparece «disfrazado de Sosia» (*ornatus*), precisamente con la intención de engañarle. Pero tenemos que observar que tanto uno como otro son en realidad actores disfrazados. La magia del teatro es la que nos permite ver a uno de los actores como Sosia y, superado este primer nivel, poder asistir a la nueva obra teatral que se celebra dentro de la primera, es decir, el engaño de Mercurio por orden de Júpiter. Por ello, Sosia, convertido ahora en involuntario espectador y víctima, no es capaz de ver que Mercurio está disfrazado, y llama a este disfraz *vestitus*, cuando Mercurio lo llama simplemente *ornatus*.

En definitiva, creemos que el marco sintagmático sobre el que estudiamos algunas estructuras léxicas no es un mero soporte circunstancial, sino que puede llegar a estar tan implicado en el propio estudio semántico que se convierta en algo indisociable de la estructura léxica y que pueda incluso llegar a motivarla. Qué mejor resumen del drama de Orestes, que los verbos *piget* («arrepentirse») y *pudet* («avergonzarse») para dar cuenta de sus sentimientos con respecto al asesinato de su padre y al adulterio cometido por su madre. Pacuvio lo expone así en un fragmento conservado por Nonio (p. 685 L.) de su tragedia *Dolorestes* («Orestes esclavo»):

quid quod iam (ei mihi!)  
piget paternum nomen, maternum pudet  
profari? (Pac. *trag.* 143)

(«¿qué ocurre que ya —¡ay de mí!—  
me causa dolor pronunciar el nombre de mi padre y vergüenza  
pronunciar el de mi madre?»)